

*Más de Onetti y su premio**

Manuel Flores Mora

Esta anécdota corresponde a la entrevista de Juan Carlos I con don José Figueres, ex presidente de Costa Rica y caudillo desde la cabeza hasta los pies.

Viejo combatiente democrático republicano por esencia, Figueres pisa con demagógico alborozo la sala donde lo recibe este Borbón que ha terminado con el régimen de Franco. "*¡Figúrese usted! — dice Figueres- ¡Yo, hijo de pobres campesinos, aquí, conversando con un Rey! Para que usted vea! ¡Está tan fuera de lo imaginado que no sé ni cómo debo tratarlo, ni cómo debo dirigirme a usted!*"

Toca el turno a Juan Carlos de Borbón que responde con las mismas avasallantes simpatía y llaneza:

- ¡Pues hombre, no se preocupe! Llámeme "Majestad" no más...

La Literatura Comparece

Ahora es Juan Carlos Onetti quien será recibido por su tocayo del Palacio. Más o menos en nombre de la eternidad y de la raza, éste debe entregarle el premio "Cervantes". Uno trata de imaginar lo que será esa escena pero no se conoce nada concebible parecido. No existe.

Hubiera sido fácil si el premio hubiera recaído en Paco Espínola o en Felisberto Hernández. ¡Pero con Onetti!

Felisberto hubiera entrado ligerito con aquella cosa de cuerpo chico y vientrecito prominente que tenía, a lo periquete. Todos se hubieran entonces sorprendido con la sonoridad de su voz. Feliz y sonriente, Felisberto hubiera prorrumpido en toda clase de chistes basados en juegos de palabras, cuya gracia insólita y dudosa los demás sólo hubieran terminado de comprender al otro día.

Con Paco otra cosa. Hay unos versos que un personaje de Lope de Vega, supuestamente amigo de juventud del padre del Cid, dice respecto de aquel hombre ya muerto.

*Don Diego Lainez, hombre
que en acordándome del,
las lágrimas en tropel
se me vienen con su nombre.*

No nos pondremos ahora a llorar por Paco —mal no estaría— pero es fácil imaginarlo entrando a la ceremonia medio emocionado. Algo inusual lo hubiera distraído casi en seguida, porque Paco tenía antenas especiales para ver lo inusual en lo usual y el completo absurdo humano en lo ceremonioso. ("*El rey, che, parecía un doctor...*", hubiera dicho, por ejemplo). Paco hubiera encontrado el mango de todo ese disparate de la Zarzuela con un Rey dando premios en nombre de los milenios a tipos que escribieron en las antípodas geográficas que es lo de menos, pero mentales y espirituales

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

además, que esas si no se arreglan ni disimulan con nada.

Paco hubiera terminado en una punta de la sala, charlando con un Juan Carlos maragatizado. El peso de su humanidad lo hubiera conducido hacia el piso, los reales ojos clavados en el suelo, única cosa que nos recibe a la larga con los brazos abiertos y que es la patria general de donde salen, no los reyes, pero sí los insectos, los árboles y, por supuesto, los escritores.

Entre las letras y las armas definió un día Cervantes —después de todo oigámoslo, pues que da nombre al premio— las excelencias de los hombres. Optó por las armas, que son poder temporal, frente a las letras, que son vano poder del artificio. Desde entonces dialogan en constante dialéctica los Juan Carlos, unos desde el gobierno de las naciones, otros desde la suprema pérdida lo recuperación) de tiempo que se llama literatura.

El abuelo de este Juan Carlos, que también fue Rey, aunque no rey de democracias sino rey de dictaduras, cortejó dos sueños: venir a América y ser acompañado por Miguel de Unamuno.

—*No se puede* —contestó Don Miguel— *porque en América, el Rey sería yo...*

Humilde y genial Don Miguel, a quienes malamente muchos piensan altanero. Dijo "sería". Era. Y sigue siendo.

No es naturalmente el caso de nuestro Onetti, cuya comparecencia en el Palacio no me está dado imaginar. Pero del cual sé, si, una cosa. Cuando salga pesará muchos kilos menos.

Las Cinco Bodas

Y ahora, previa constancia de que todo es homenaje para Onetti, sigamos hilvanando a su propósito recuerdos de los primeros y lejanos tiempos en que lo conocimos.

Fuimos completando la historia de quién era Onetti porque conocíamos a alguien que lo había conocido antes aún: Dionisio Trillo Pays, que por muchos años después dirigió la Biblioteca Nacional. Incansable, extraño y nunca bien revisado novelista de libros que jamás leí, como "*Pompeyo Amargo*".

Por Dionisio supimos que Onetti, que habitaba el montevideano Colón, envió desde Colón un cuento a un concurso de "*La Nación*" o de "*La Prensa*" de Buenos Aires. Ganó y se fue.

A mí lo que más me impresionaba por entonces —más que "*El Pozo*"— eran los cinco casamientos de aquel flaco imperturbable.

Conocimos y quisimos sólo a la quinta esposa. Estoy hablando de la holandesa Pikelari —no se escribe así pero así se pronuncia— con quien tuvo una hijita que se llamaba —se llama— Litibiti. Litibiti es el sobrenombre que en la casa de un gran novelista casado con una holandesa se le da a una niñita llamada Elizabeth.

Se conocieron así: todos los de Reuter vivíamos con el vago temor de un inspector británico que nunca se sabía dónde estaba, pero que en cualquier momento podía caer de sorpresa en cualquiera de las oficinas Reuter de América Latina. Un día cayó el inglés en la oficina de Buenos Aires, donde ya había sido Onetti trasladado.

La holandesa Pekelari trabajaba en Reuter y, a falta de cosa mejor, cuando llegó el inspector la enviaron a que preparase un té. Igual que en la oficina montevideana, en la porteña había un reverbero para calentar el agua. Primero la holandesa fue al baño a lavar en la palangana la tetera. Pero al sacarle la tapa no advirtió que la ponía sobre un jaboncito. Lavada la tetera recolocó la tapa sin notar que el jaboncito quedaba dentro.

Se me ha jurado por muchos testigos que cuando el inglés se sirvió el té, salía té y salían burbujas. Y la holandesa encantada, saltaba y batía palmas. Onetti se enamoró perdidamente de ella en ese momento, según confesaba más tarde.

La holandesa era muy alta, muy flaca, usaba perpetuos zoquetes y tenía la cara llena de pecas. Sus padres resistieron al principio el casamiento con un latino, porque decían, todos los latinos son como "serpiente en el pasto".

Cómo Asociarnos

En "*La Semana*" de hace ya ocho días, Estrázulas y Fornaro escriben sobre Onetti y cuentan su sufrimiento madrileño extrañando a Montevideo. A ese extrañar atribuyó Onetti, según los dos testigos mencionados, el tiempo —dos años— que allá pasó sin poder escribir una línea.

Con ellos coincide la versión de Julio Sanguinetti. Sanguinetti llega a Madrid y telefona a la casa de Onetti.

—*¿Cómo estás?*

—*¡Harto de Onetti!* es la espontánea contestación de Onetti, quien en la frase siguiente confiesa a Julio:

—*¡Extraño hasta el Municipio!*

Ya es decir.

Pienso que nosotros, los amigos de Onetti en Montevideo debemos asociarnos de alguna manera a este premio que ahora le otorga España y que complementa aquellos que ya le habíamos dado nosotros dentro de nosotros.

A falta de una idea mejor, propongo que un día previamente elegido, al mes del otorgamiento, como quien dice al mes de la muerte —por ejemplo, o el día en que el Rey se lo entregue, y a la misma hora, traducción horaria previa— los amigos de Onetti nos juntemos en torno a los disparates que de él recordamos. Nos sentemos por ejemplo en el Café "Seminario", al que nunca faltaba y tomemos lo que él habitualmente tomaba. Sería, pienso, una grappa de silencio.

Sí, Juan Carlos: hace más de un siglo, una mano uruguaya que las generaciones admiraron escribió una "leyenda" en la que decía aquello de "*es la voz de la patria y pide gloria*".

Han pasado cien años y no de soledad, Onetti. Tú y nosotros sabemos que la patria, mucho más sensata de cuanto pudo imaginarla Zorrilla de San Martín, no pide gloria. Pide fe.

Salud, Juan Carlos. Y que ninguna de las dos te falte.